

CICLO DE CONVERSACIONES ANTROPOLOGÍAS DEL SUR: MARIETTA ORTEGA PERRIER¹

CLAUDIO ESPINOZA*, PAULA CONTRERAS** & LUIS CAMPOS***

Resumen

En esta novena entrevista del ciclo de conversaciones *Antropologías del Sur*, cuyo fin es revisar y pensar formas no hegemónicas de la disciplina, se presenta la trayectoria académica, intelectual y profesional de Marietta Ortega Perrier (Santiago de Chile, 1954), antropóloga formada en la Universidad de Chile a comienzo de la década de 1970 y quien, además de formar parte de las primeras generaciones de la disciplina en el país, vivió muy de cerca el Golpe de Estado y sus consecuencias, de las que aún hay huellas.

Con estudios de maestría en la London School of Economics y doctorado en Cambridge, Marietta Ortega nos ofrece una mirada crítica a los localismos contenidos en algunas trayectorias antropológicas del continente y en especial de la chilena. Aboga por recobrar un esfuerzo comparativo amplio, incluyendo en él a todas las antropologías, del sur y del norte. En la actualidad la entrevistada ocupa el cargo de Decana de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Tarapacá.

¹ La presente entrevista, además de formar parte de Ciclo de Conversaciones Antropologías del Sur, forma parte del Proyecto Fondecyt Regular 1220754 y fue realizada por el equipo de investigadores: Héctor Mora, Andrea Chamorro, Leonardo Piña y Claudio Espinoza.

* Académico, Centro de Investigación y Creación Interdisciplinaria, Vicerrectoría de Investigación y Posgrado, Universidad Católica de Temuco. Director Revista Antropologías del Sur, Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

** Académica, Escuela de Antropología, Geografía e Historia, Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

*** Académico, Escuela de Antropología, Geografía e Historia Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

AdS: Muchas gracias Marietta por aceptar esta invitación. Quisiéramos comenzar esta conversación con tus inicios, dónde naciste y creciste, y luego cómo llegaste a la antropología.

Yo tengo un recorrido medio particular. Descubrí la antropología cuando estaba en el Liceo en Puerto Montt, donde vivimos por un tiempo, y esa fue mi primera rebelión, porque me querían mandar a un colegio de monjas y yo no quería por ningún motivo, ya era una descreída a esas alturas. Recuerdo que en esa época me dio por leer mucho y me encontré con un libro de Clyde Kluckhohn, el *Manual de Antropología* o algo por el estilo. Debo haber tenido 15 años, y al leer este libro me dije, esto es que lo que quiero hacer. Otro factor que incidió en mi llegada a la antropología fue el hecho de que mi madre nació en Iquique, entonces yo todos los años iba a Iquique, y habían muchas cosas que llamaban mi atención, recuerdo, por ejemplo, haber ido con mi abuela al mercado de Iquique, un mercado muy tradicional, y veía a algunas personas vestidas con esas ropas largas y oscuras que llamaban mucho mi atención, y yo le preguntaba a mi abuela que quiénes eran, y me decía: “gente del interior”, y bueno, ahí quería estar yo.

Entonces entré a estudiar antropología en la Universidad de Chile. Y entre a *la Chile*¹, porque era la Escuela que abría regularmente la carrera. Es cierto que estaba también la Universidad de Concepción, pero como santiaguina y de dieciseis años no tenía contemplado irme a otra ciudad. Y, además, la *Chile* era la *Chile*, o sea si eras buen estudiante entrabas a la *Chile* o a la *Católica*. Entrar a antropología exigía un puntaje muy alto en la prueba de admisión, primero estaba medicina y después antropo-

logía, incluso más alto que psicología, una cosa muy particular.

Ingresé a la carrera en 1972 y me tocó estar allí para el Golpe de Estado, viví todo lo que significó eso para la Escuela de antropología. A pesar de que como Escuela fuimos muy tocados, sobre todo los estudiantes, la Escuela siguió funcionando ahí en una casa que había dentro del Pedagógico y creo que pudimos continuar con la antropología porque el director del departamento era don Mario Orellana, que era demócratacristiano, y eso significó que dentro de todo lo que pasó ahí en el Pedagógico, nosotros pudimos quedar con algunos profesores y algunos estudiantes, y digo algunos porque entramos cuarenta y cinco a estudiar la carrera y solo egresamos doce. Mi tesis de licenciatura se la dediqué a mis compañeros que no pudieron llegar al final.

No tengo un recuerdo claro del día del golpe. Sé que se suspendieron las clases y estuvimos un tiempo, tal vez meses, sin clases. En ese momento, por supuesto, la preocupación era otra. Para mi el golpe fue doble, o triple, porque primero estaba como estudiante allí en Macul, una zona muy golpeada por la represión, luego, mi padre, General de la Fuerza Aérea, era Subsecretario de Aviación del presidente Allende y, tercero, yo era bastante cercana al Partido Comunista, nunca firmé como militante, pero asistía a las reuniones, capacitaciones, entrenamientos, etc., entonces cuando se suspenden las clases, la preocupación era otra, había que saber dónde estaban los compañeros detenidos y apoyar a los que habían tomado presos.

Sobre la carrera puedo decir que por esos años, 1972, llegaban a estudiar antropología

estudiantes formados en otras disciplinas y algunos que veníamos del colegio. Por aquella época nadie sabía muy bien qué era la antropología, por tanto quienes ingresaban a la carrera eran, por una parte, estos estudiantes que venían de otras disciplinas como filosofía, psicología, historia, sociología, etc., y, por la otra, estudiantes que estaban egresando de colegios con buena formación, por ejemplo el Manuel de Salas de la época, de Las Ursulinas, es decir colegios donde se informaba respecto a qué era esto de la antropología. Entonces era un grupo diverso, muy politizado, sobre todo por parte de los partidos de izquierda.

La formación en ese entonces era bien amateur, nuestros profesores y profesoras eran de otras disciplinas, creo que el único profesor con formación antropológica o etnológica propiamente tal era Michel Romieux y luego tuvimos la visita, no me pregunten año, pero estuvo un tiempo haciendo clases Ximena Bunster, que venía regresando de Estados Unidos. En cualquier caso había profesores amateur maravillosos, como el profesor Alberto Medina, pero lo que quiero decir es que, en estricto rigor, no había en el cuerpo docente una fuerte presencia de antropólogos formados académicamente en antropología. Entonces lo que hacíamos era estudiar entre nosotros, estudiábamos mucho en grupos pequeños y así fuimos avanzando².

Al egresar mi interés era Magallanes, la migración chilota a la Patagonia y, como también había vivido en Punta Arenas, conocía a don Mateo Martinic, así es que como me tocaba hacer la práctica profesional, me fui a Punta Arenas y allí trabajé sobre la migración chilota a la Patagonia desde una perspectiva local. Hice trabajo de campo en lo que era en esa época la Población

18 de Septiembre, viví con una abuela chilota y, bueno, pasé hartoo tiempo allá, no me acuerdo cuánto, pero hartoo tiempo, porque así se hacía la antropología en esa época.

Dejé de hacer trabajo de campo cuando me comenzó a seguir la CNI³. Tomaba una micro [locomoción colectiva] y atrás mío iba un CNI, entonces la verdad es que paré, sobre todo después que golpearon a un dirigente vecinal a quien yo había entrevistado. Yo era muy cuidadosa, no era lesa, si estábamos en plena represión, en 1976 o por ahí, entonces había que ser cuidadoso, cuidado en el hablar. Y claro debe haber sido muy difícil imaginar qué es lo que hacía en esas poblaciones una hija de un general en retiro de las Fuerzas Armadas, entonces era un general, pero era un general demócrata-, entonces era muy sorprendente que alguien de la élite estuviera metida en esa atmósfera. Eso después me costó mucho, cuando empecé a trabajar en Iquique me costó mucho, porque costaba mucho ideológicamente entender qué hacía una persona con un *background* como el mío, que le gustara vivir en el altiplano, que le gustara conversar con la gente, cosas que hoy en día suenan muy banales, pero en esa época no lo eran, porque eran peligrosas.

Entonces, volviendo a Magallanes, cuando el colega Zamora del Instituto de la Patagonia me dijo: "Marietta, creo que es tiempo de que te vayas, ya nos han advertido", bueno, agarré mis cositas, y me fui. Y ahí me fui, y en vez de hacer mi tesis como una dedicada y disciplinada antropóloga, me fui a Iquique y ahí, por azar también, pregunté en el museo de la Universidad del Norte: ¿por casualidad no habrá un trabajo para una antropóloga?, sabiendo que nadie sabía qué era la antropología, para qué servía, y si acaso servía para algo, y de repente

me dicen que sí. Y claro, ese era el momento en que habían despedido a Gabriel Martínez, y ese puesto estaba disponible. Entonces presenté mis papeles y, a pesar de que no estaba titulada, pero tenía buenas notas, buenos antecedentes, quedé trabajando ahí, y me quedé alrededor de dos años.

Me tocó trabajar en el altiplano de Iquique. Presenté un proyecto etnográfico, y subíamos cada quince días y pasábamos quince días arriba, o sea, viaje constante. El Centro Isluga era un lugar un poco curioso en aquella época, en plena dictadura, porque se nos permitía salir, a pesar de que nos tenían muy controlados, podíamos hacer investigación mientras hiciéramos investigación.

Finalmente llegó un Rector más duro a la Universidad del Norte y nos echaron a todos, por comunistas. Fue muy dolorosa esa época, hubo muchas dificultades, muchas renunciadas y, también, una sensación de fracaso, porque de alguna manera nosotros estábamos apoyando a un grupo humano que estaba constantemente siendo perjudicado, amenazado. Había en la sociedad de ese momento una posición completamente rígida frente a lo que era el ser indígena. Nos tocaba lidiar -ahí uno va aprendiendo- con los señores de planificación regional por ejemplo, y una llegaba a escuchar cosas bien especiales: “pero por qué no los traen acá y los educan, sale más barato”. Entonces, claro, nosotros estábamos en una posición de resguardar y garantizar más dignidad a las personas, lo que lográbamos hacer con unas piruetas insólitas.

AdS: Marietta y cuál era tu idea de hacer antropología por aquella época ¿qué era para ti en esos momentos el quehacer antropológico?, ¿qué es lo que tenía que hacer un antropólogo o antropóloga, en esa época?

Un antropólogo, antropóloga era básicamente alguien que jugaba, y sigue siéndolo en gran medida a mi juicio, pero en esa época, con otra mirada analítica, alguien que era un *pivot* entre una realidad sociocultural y otra. Y, por lo tanto, yo concebía el trabajo de campo como una parte fundamental de la antropología, es decir, un antropólogo sin trabajo de campo, antropóloga sin trabajo de campo, no era. Me iba bien estudiando y me gustaba, pero me gustaba y me iba bien porque podía estar en el campo, a pesar de que algunos compañeros peladores dicen que debería haber sido veterinaria más que antropóloga, porque me gustaban más los animales que la gente, bueno, pero lo fundamental era, es, el trabajo de campo, esa es mi convicción. Es decir, hacer una encuesta en poblaciones indígenas no tenía ningún sentido, ni siquiera en poblaciones no indígenas, o sea lo tiene en un sentido, pero creo que la única forma de poder entender algo de lo que pasaba era estando ahí.

AdS: Sentías que la formación que obtuviste en aquella época te daba las herramientas para enfrentarte al mundo laboral o más bien fuiste aprendiendo en el camino, una vez que empezaste a trabajar.

Buena pregunta. La verdad es que yo me sentía muy poco preparada en las cosas prácticas, porque además nunca fui muy buena en lo administrativo, siguiendo los papeleos, no sabía nada de eso, no sabía cómo está organizado el gobierno regional local, es decir, de una falta de conocimiento de la vida cotidiana espeluznante, y eso tiene que ver, probablemente, con mi estructura familiar, puesto que yo no era alguien que saliera a hacer los trámites al centro, ni a la municipalidad, ni al hospital, no era mi realidad, mi realidad era muy protegida, debo haber tenido mucho susto como todos y todas cuando empezamos a trabajar.

Lo que sí tenía claro era que yo tenía una posición privilegiada, una formación privilegiada y que eso tenía que ponerlo al servicio de los demás. Eso es una cosa que me inculcaron en mi casa, no sé si tiene que ver con *la Chile*. O sea, yo miro ahora los programas de estudio y son absolutamente estructurados, lineales o como queramos llamarlo, pero nosotros no teníamos nada de eso en *la Chile*: “¿hay profesor de no sé qué?”, “sí, hay un psicólogo”, “ya, entonces metámosle psicología social” y, la verdad, yo estoy agradecida de todo eso, porque me permitió alcanzar un gran espectro de cosas que, al menos, entendía. A mí me gustaba, por ejemplo, filosofía en el Pedagógico, que podía tomar cursos allá en los primeros años y me iba para allá, pasaba más tiempo en filosofía que en la Escuela de Antropología, me iba a la Escuela de Teatro porque también tenía mis amistades en teatro, entonces, eso en *la Chile* fue espectacular.

AdS: Y, en términos de lectura, ¿cuáles eran tus referentes de lectura?

Ay dios mío, ¿quiénes habrán sido?, es que todavía no descubría a los franceses, a los marxistas franceses. La verdad no me acuerdo, deben haber sido muy clásicos, los que enseñaban en *la Chile*. Por supuesto el estructuralismo. Pero nosotros leíamos mucho entre nosotros, en esa formación que hacíamos entre nosotros. Había mucho de economía, de las ideas que se trabajaban en ese tiempo en América Latina, los desarrollistas, esas líneas. Leíamos más ese tipo de cosas que antropología propiamente tal, entonces la mirada era más materialista. Y por ahí también leía mucho de esa línea que en *la Chile* no se le daba tanto valor, que tenía que ver con lo simbólico, con lo ideológico, en el sentido más amplio de la palabra, todo lo ritual, que es lo que más me gusta hasta el día de hoy.

AdS: Marietta si nos pudieras hablar de tus estudios de posgrado, magister y doctorado, que realizaste en Inglaterra. ¿Qué es lo que cambia en tu cabeza en términos de formación, en tus lecturas, en la forma de entender la antropología?

Claro. Por la época había decidido que quería ir a hacer un posgrado a Londres, a la London School of Economics, algo debo haber leído por ahí, y para allá quise ir. Y bueno, la cosa se dio nuevamente, como es mi vida, mucho por azar. Me pidieron que recibiera al Jefe del Consejo Británico en Santiago. Por aquellos años, a comienzo de los ochenta, habían detenido a unas monjas británicas, y las relaciones entre Inglaterra y Chile no estaban buenas, más bien malas y, entre otras cosas, habían recortado las becas, dejando alrededor de tres becas para

Chile. Entonces este señor me dice: “bueno, ¿y a usted no le gustaría irse a estudiar a...?”, sí, me encantaría, le dije, de hecho es uno de mis intereses, pero es tan difícil, bueno, me dijo, “no es tan difícil, postule”.

Había que pasar por una serie de etapas, entrevistas, debí viajar a Santiago, dar exámenes, etcétera, y así lo hice. Llegué al lugar de la entrevista, habían médicos y de otras profesiones mucho más establecidas, ingenieros, hasta una música, y yo sentada ahí afuera con 25 años, y me preguntaba ¿qué estoy haciendo acá? Y bueno, me entrevistaron y, para sorpresa mía, me dieron la beca. A todo esto habían varios problemas, el primero es que uno debía postular con el respaldo de una institución y a nosotros nos habían echado de la universidad. Segundo, no tenía mi título, porque como me fui al norte y me enamoré del norte, me fui y no hice la tesis, por tanto no tenía el título, de manera que debí actuar muy rápido para poder titularme, y bueno, ahí tuve varios problemas en la universidad, porque, primero, me decían que todo el trámite de titulación llevaba mucho tiempo. Luego, hubo profesores que no quisieron guiar mi tesis, entre ellos Carlos Munizaga. Quien sí me apoyó y me protegió fue el profesor Alberto Medina que, en verdad, era historiador, también un amateur de la antropología, pero un gran profesor. Y bueno, ahí vinieron jornadas arduas de escritura para terminar la tesis en los plazos que necesitaba.

Así es que de ahí viajé a Londres, pero esto suponía que uno llevaba su sueldo, y en aquella época eran quinientas libras esterlinas, eso era todo. Y, bueno, llegué a una gran escuela, fue muy duro, porque en la L.S.E no hay consideraciones porque el inglés no es tu lengua materna, no hay consideraciones porque estás en un

país que desconoces, de ningún tipo. Y Chile estaba en un vacío, Venezuela tenía el petróleo, entonces le daban becas a los venezolanos, Brasil también era potencia, ¿y Chile?, no nos daban nada, así que ahí estábamos, pero nos fue bien. Ahí pude estar en un ambiente de alta diversidad cultural, tuve compañeros y compañeras somalíes, un norteamericano perdido, costarricenses, peruanos, uruguayos, alguien de Sudán..., tuve un novio en Sudán, pero esa es otra historia. Pero aquí era donde uno podía observar el peso de la socialización, de la cultura, sobre todo, por ejemplo, entre los compañeros somalíes, en fin. Y bueno, tuve la suerte de tener profesores extraordinarios como a Maurice Bloch, por ejemplo. Entonces apareció toda una riqueza que no estaba descubierta, la riqueza de una mayor diversidad cultural. Porque yo siento que en esa época y durante mucho tiempo, capaz que hasta la actualidad, la antropología en Chile ha sido muy poco comparativa. Entonces la experiencia en Londres me hizo ver distintas realidades etnográficas, lo cual era muy enriquecedor.

Luego me fui a hacer el doctorado a Cambridge y fue espectacular. Es que cuando llegué a Londres por el magíster fue un poco violento. Estamos hablando de pasar de vivir en Iquique en la década de 1970 y llegar a Londres, ni siquiera pasé por Santiago, aunque Santiago en esa época era igual de provinciano, solo que más grande. Entonces la llegada fue un aprendizaje, y ahí en Londres compartí con un compañero uruguayo y una compañera peruana, con quienes formábamos un pequeño grupo de apoyo, de estudio, de trabajo y resistencia y así logramos enfrentar la ciudad. Y es que aprender las normas inglesas lleva su tiempo, un par de años, antes de eso uno está constantemente transgrediendo.

La primera reunión con mi tutor, pregunté ¿a qué hora vengo profesor? Y me dice: “about twelve”, y yo dije ¿about?, ¿cinco minutos antes?, ¿cinco minutos después? ponle tu que llegué tres minutos pasadas las doce, me mira, “¿y usted?”, vengo a mi primera..., “era a las doce”..., tuve que fijar una nueva hora con la secretaria.

Por otra parte, este tipo de cuestiones me encantaron, pues fue como un baño de humildad y de realidad. O sea nosotros le discutíamos a Maurice Bloch..., después nos reíamos, qué vergüenza más grande. Tenía esa insolencia muy propia de Chile, o sea yo siempre pienso que después del golpe, como se fue la mejor gente, o la mayoría de la mejor gente, se planteó una duda capital acerca de la capacidad del profesor o la profesora que estaba al frente, uno no le creía a nadie, y esa cosa para mí se instauró de una manera muy fuerte, y eso fue una de las primeras cosas que me impactó. Los profesores que estaban en la L.S.E eran profesores de la L.S.E porque habían pasado por doscientos cincuenta mil filtros, porque habían quinientos candidatos y porque eran los mejores. Entonces cuando llegué a Cambridge era el paraíso, porque ahí todo el mundo sabe que está ahí porque casi que se lo merece, entonces profesores, estudiantes, - salvo los que no calzaban, o calzábamos, en los aspectos de la antigüedad clásica de Cambridge, podían estar un poco inseguros -, pero el resto, muy tranquilos, sabían que estando ahí estabas lo más cerca del cielo que se podía estar, sin embargo nadie lo tomaba como gratis, entonces a mí me quedó esa cosa marcada.

AdS: Marietta y esta experiencia británica, tanto en Londres como en Cambridge, ¿cómo crees tú que logra impactar en tu carrera posterior? en tus temas, en tus referentes teóricos, en tu metodología, ¿qué huellas deja, digamos, en tus trabajos posteriores?

O sea, es como obvio, digamos, en el sentido de que sigue siendo una antropología bastante clásica, pero desde una mirada del sur. En términos de metodología, si bien agradezco mucho lo que aprendí tanto en la universidad y después de ella, creo que las metodologías son adecuadas al marco teórico que tú estás usando y, sobre todo, a lo que estás estudiando. Entonces, puedes tener diferentes maneras de enfocar, para mí la metodología no es: paso uno, paso dos, paso tres, paso cuatro, si no la forma en la que tú abordan el problema y cómo vas a reunir evidencia suficiente y sólida como para ver si lo que tú dices es así o no, por lo tanto, en un momento puede ser adecuada la entrevista, en otro momento pueden ser adecuadas otras formas de abordarlo.

¿Qué más me marcó? Bueno, la lectura de autores norteamericanos, británicos, y también saber, y darme cuenta que hay antropología en Suecia, que hay antropología en Alemania, que hay antropología en Francia y que nosotros no estamos necesariamente considerando, y que eso es importante conocer, así como hay una antropología maravillosa en Colombia, por eso digo, depende de qué es lo que tú estás tratando de decir.

Por otro lado, siempre me pareció bastante pretenciosa estas intenciones de escribir la teoría solo desde acá. Es decir, me parece fascinante el aporte de los colombianos, los brasileños, pero no se acaba allí, por ejemplo

qué pasa en Nepal o en otras partes de América Latina, saber qué pasa con el fenómeno del movimiento poblacional en etapa, a nivel global, para que podamos hablar de lo local y no en intentar hacer surgir esto como un fenómeno tan extraordinario que merecemos ser citados en *Science*.

AdS: Y, después de Cambridge ¿cómo se produce tu regreso a Chile? Porque también estuviste como profesora visitante en Yale...

Lo que pasa es que yo, a ver, cómo lo explico, empecé a trabajar sobre el norte de Chile. Al tiempo que yo empecé a trabajar sobre el norte de Chile, o un poquito después tal vez, un grupo de colegas comenzó a interesarse en el norte, la gente que después formó la Corporación Norte Grande, antes se llamó *TEA*. Entonces, mientras yo estaba haciendo mi doctorado, estaba haciendo trabajo de campo en el doctorado, en los ochenta, mediados de los ochenta, en esa época yo me fui a los cerros, a Iquique y los cerros. Estuve como cinco o seis años perdida, entonces, me acuerdo, fui a una reunión en Santiago que me invitó la Vicky Castro, y entonces alguien hace una pregunta y yo contesto, y sale alguien por ahí, nunca me voy a olvidar, y dice “¿y quién es esta espontánea?” ¿ya?, espontáneos, estos que salen y saltan de repente a pelear al ring y bueno, alguien le dijo, “no, no es tan espontánea”. Entonces esta historia consistió en que básicamente yo siempre fui como una francotiradora, siempre andaba por caminos distintos, por supuesto, tenía contacto con los colegas, con la Vicky, la Vivian Gavilán, con Hans Gundermann, a la Ana María y a Héctor los conocí después. Entonces yo estaba haciendo mi trabajo de campo para el doctorado, andaba mucho sola. Y llegué de

Inglaterra y llegué en esa situación, trabajando con una beca de la Universidad de Cambridge para mi tesis doctoral.

Me había emparejado, pues en mi trabajo de campo conocí al padre de mis hijos, y luego me vine aquí a Arica siguiendo un proyecto de pareja más que académico, pero llegué acá, y por supuesto yo ya había hecho mi maestría, y ya había hecho los primeros años del doctorado en Cambridge, pero decidí hacer familia y entonces me vine para acá porque el padre de las criaturas, el caballero, no era del ámbito académico, sino que trabajaba en exportaciones, me pasé al enemigo como decía, porque era uno de los exportadores, de los que compraba el ajo exportación de los productores de Camiña, tengo todavía anotado ahí una ficha de cuánto le pagaba (risa) a los camiñanos.

Y, por supuesto, aquí me acerqué a los colegas, y me acerqué al museo que estaba en esa época, y ahí surgió una primera oferta de trabajo. Pero yo todavía no tenía hijos, entonces tenía colegas que sí tenían familia, y les dije que con la maestría estaba en mejores condiciones que ellos, así que dije ya, yo voy a pasar esta vez. Y después nos volvimos a Santiago, uy, se me desordenó la cronología. Pero volvimos acá, a Arica, y yo empecé a ir al museo y a trabajar con una botánica, la Eliana Belmonte, de la Universidad de Tarapacá, pero en el Museo. Y ahí empezamos a hacer cosas juntas. Eso tiene que haber sido en el noventa y dos, noventa y uno, noventa y dos. Y en el noventa y tres me pidieron de historia que hiciera clases de antropología, y así entre a la universidad, como *profe* hora, después como *profe* media jornada, con mi *master of science*, con mis becas, con todo en el bolsillo, pero por esa época no se reconocía mucho esas cosas.

Y así me fui quedando, formé mi familia y me quedé y, por supuesto, convencida que este es el gran lugar para hacer antropología y, desde luego, para hacer arqueología. Sigo pensando que hay que hacer trabajo de campo, sigo lamentando, y hasta mis hijos me echan en cara, me dicen, “pero mamá, tú eres antropóloga, ¿qué haces en una oficina?” pero siento que puedo hacer cosas desde acá, de este cargo como Decana de la Facultad.

Por eso es muy interesante lo que ustedes puedan contribuir desde su mirada crítica respecto a la enseñanza de la antropología, porque yo no necesariamente estoy de acuerdo con lo que estamos haciendo estrictamente. Por otra parte, tampoco estoy de acuerdo con lo clásico que se hacía en otros tiempos, en otras palabras, no estoy de acuerdo con formar solamente arqueólogos para trabajar en informes de impacto y tampoco estoy de acuerdo con formar antropólogos y antropólogas para trabajar en los municipios exclusivamente, y eso es lo que el modelo nos ha ido empujando a hacer. Pero, también, siento que es deber nuestro, como profesores, como formadores, es que aquellas personas que tengan el talento, la perseverancia, el interés, todo lo que va aunado, se les dé la posibilidad para que sigan hacia la academia quienes quieran y quienes puedan. Es cierto que también tenemos que responder a la realidad de nuestros y nuestras estudiantes, porque no es real pensar que todos tienen que irse a la Escuela de Altos Estudios en París, ni a la London School of Economics, pero si, él o la estudiante que quiera hacerlo, que lo haga, y nosotros debemos apoyar.

Y he tenido la suerte, en esto de salirme un poco de la cosa académica, pues siento que en varios sentidos me salí, a pesar que el 2017 hicimos un trabajo de campo con la Penélope Dransart, y publicamos un artículo en el *Current Anthropology* que ha tenido muy buena recepción, pero bueno, siento que la formación que tenemos nos permite muchas cosas, y aportar en diversas áreas. Como Decana me doy cuenta que podía entender lo que hacían los de Derecho, los de Psicología, los de Trabajo Social y los de Antropología, pero los de Derecho no podían entender lo que hacía el de Antropología, un poco lo que hacía la Psicología y no les interesaba Trabajo Social. Entonces, cuando se dio la posibilidad de que ellos tomaran su camino, también estuvo bien, pero, o sea, no, no me opuse en absoluto, pero lo que quiero decir es que la Antropología te da esa capacidad. Puede sentirse muy dispersa en un momento, sobre todo en la etapa que nosotros nos formamos, pero a la vez, da esa posibilidad de meterse, de comprender distintos marcos de pensamiento, distintas epistemologías, como se dice elegantemente, entonces eso es una fortaleza muy grande. Pero también es una tremenda fortaleza lo que decía respecto a lo comparativo, salirnos de acá y mirar desde otro lugar, porque el ser humano es variable, pero no tanto tampoco, si no somos tan originales.

Ads: Marietta, pensando en las condiciones actuales, en los contextos donde la antropología se está desarrollando y proyectándose hacia el futuro, también lo que se proyecta en el sentido de campo, espacio laboral, las posibilidades y problemáticas que van surgiendo ¿cuáles son los elementos que consideras necesarios para la formación antropológica hoy en día? ¿cuáles son los aspectos a los que hay que apuntar?

Bueno, yo creo que lo que más asoma es este desconocimiento del mundo concreto. O sea, yo creo que hay que tener la capacidad de ocupar las herramientas informáticas, tecnológicas, pero también estos famosos marcos lógicos, esta forma del mundo público, por ejemplo, que va a ser un lugar donde nosotros tenemos un espacio como pares y que tiene sus propias reglas, que no han sido fijadas desde las ciencias sociales necesariamente ¿ya?, eso hay que conocerlo. Conocer también la estructura política del país, hay un montón de cosas que estamos estudiando en profundidad, pero no trabajamos estos aspectos, salen los estudiantes y no saben para dónde apuntar. También, desde luego, una mirada más amplia acerca de las líneas de la antropología y, también, hoy en día podemos nosotros acceder con mucha más facilidad a la producción de distintas partes del mundo, del norte y del sur, tenemos una enorme riqueza a la que no estamos accediendo adecuadamente.

¿Se puede enseñar la empatía? Ese es un elemento fundamental, ¿se puede enseñar el respeto a la diversidad? Hay algo que me molesta mucho, y se lo dije a los estudiantes el otro día, cuando entré a estudiar antropología, contra familia, formación, colegio, etcétera, era una pasión, y para mí sigue siendo una pasión,

o sea, a mí me fascina la antropología, a estas alturas me fascina más ver y escuchar lo que la antropología hace, que, tal vez, estar tan metida en lo que se escribe, que se espera hacer en antropología, pero esa es una licencia que me puedo permitir después de cuarenta y tantos años de trabajo.

¿Qué más le falta? Somos muy provincianos y los antropólogos no podemos darnos el lujo de ser provincianos, provincianos en el sentido de la palabra, de la traducción del inglés, o sea localista, no podemos darnos ese lujo, porque si es por estudios andinos nos vamos a Perú y los antropólogos peruanos nos hacen así de repente (gesto) ¿cierto?, la Marisol De La Cadena y sus estudiantes, Cuzco, Lima, La Católica. Pero sí podemos ser lo que somos, que no somos Bolivia, no somos Perú, somos una combinación que tampoco es idéntica a Argentina, entonces podemos hacer nuestro aporte desde el sur, pero conociendo lo que es el norte también.

Me preguntaban que cómo llegué al *post doc*, llegué desde toda esta cosa inglesa. Llegué acá, en vez de la tesis doctoral, tuve un hijo, dos hijos, tres, y, bueno, yo estaba en ese mundo, entonces postulé a una beca en Yale, y como venía con mucho fleco y campana, como dice un amigo, desde mi experiencia en Inglaterra, entonces me gané la beca, y en esta oportunidad, como en las anteriores, aproveche de llevar a los hijos conmigo, en este afán de que experimentaran otras cosas. Y estuve en Yale primero, ahí me preguntaron a dónde quería irme, y en esa época estaba un profesor conocido en Yale, un peruano, y que por supuesto me recibió y nunca más me vió, pero en fin, me dieron mi espacio, todas mis cosas para trabajar. Y después me fui a Stanford, donde me quedé más tiempo que el

que tenía, me gustó mucho. Allí trabajé sobre emprendimiento entre mujeres aymaras acá en Arica. Y así fue que llegué por allá, y estuve en la *House Of Bolívar*, en Stanford, y bueno, ahí establecí algunos lazos. Me gustó mucho, pero todo esto yo lo hacía sin ningún respaldo formal, porque estaba como profesora acá, entonces juntaba plata, firmaba cheques, armaba todo un cuento, y partía, pero tenía que volverme cuando empezaban las clases, entonces todo ha sido así. Y terminé mi tesis doctoral, varios años después, donde hice un resumen, en el fondo, de como veinte años de trabajo de campo y lo metí ahí.

Ads: Marietta, ¿cómo fue tu participación en el diseño de la carrera de antropología en la Universidad de Tarapacá?

Yo soy la culpable, porque el Rector me puso, me dijo: “ok, sales de historia y te vas antropología”, y yo, ay dios mío que son tan pesados... “no, te tienes que ir y tienes que formar la carrera”, pero con tan buena suerte, que llegó justo la Marcela Sepúlveda, un balazo llegando de Francia, y llegó también un arqueólogo. Y le dije ¿Marcelita? [risas] y así fuimos armando la carrera. Y después con los demás colegas. Al principio estaban todos muy indignados porque estaban acostumbrados a hacer solamente investigación en el museo, vivían en Azapa, separados del resto de la universidad.

Entonces pensamos, por supuesto, en la realidad de la zona, en el tipo de estudiantes que teníamos y, también, en ese momento nos ganamos un MECESUP⁴ que estaba destinado a acortar las carreras, por eso tenemos una carrera de ocho semestres, no de diez. Pero al final, ¿qué pasó?, que todos los *profes* éramos

egresados de la Chile, o similares, o de Antofagasta, o lo que fuera, pero la experiencia era clásica y la formación era de investigadores. Entonces, ¿cómo incluíamos una mirada más aplicada? y al final se hizo este currículum, este plan de estudios, que la verdad es que es tremendo, porque a los chiquillos se les exige, ok, sean aterrizados, sean prácticos, pero usted me lee este o este otro, y partamos de la base que aquí no llegan los chicos que llegan a las universidades más grandes, con setecientos puntos, nuestros estudiantes están -salvo excepciones-, alrededor de los quinientos puntos.

En Arica, esto es una apreciación de la experiencia, no está basada en nada, pero los y las estudiantes, salen con poca preparación de las escuelas, incluso de las mejores. La mayoría de nuestros estudiantes tienen gratuidad, son de los quintiles más bajos, entonces es una labor bastante titánica, y eso yo lo encuentro muy respetable, y me siento, como parte de eso, orgullosa, que es poder lograr que estos chicos y chicas que no saben manejar un texto lleguen a escribir, a ser capaces de presentar trabajos, eso es un tremendo logro, y yo en eso siempre estuve muy orgullosa de los profesores, las profesoras de acá. Ahora, es cierto, si pensamos en Temuco, que a mí me gustó mucho el compromiso de los profesores con sus estudiantes, aquí desde muy temprano, por la formación de investigadores, estábamos todos muy apretados con la productividad, incluso antes de que se pusiera tan fuerte, entonces quiero plantearlo sin decir que en Temuco no, pero mi breve paso por allá fue darme cuenta que tenían un lazo más fuerte, diría yo, que nosotros con nuestros estudiantes, y eso me gustaría desarrollarlo más. O sea, acá también hay muchos docenetes que tienen una excelente y permanente relación con sus

estudiantes, pero lo que vi en la Universidad Católica de Temuco, llamó mucho mi atención, me gustó mucho.

Ahora me ha tocado trabajar con estudiantes egresados nuestros. Entre otras cosas que hago, soy presidenta de la Corporación Chinchorro Marka, no me pregunten cómo llegué ahí, se supone que yo soy Decana [risas]. La Corporación Chinchorro Marka es una Corporación de Derecho privado que se formó con la Universidad de Tarapacá, la Corporación del Municipio de Arica, la Corporación del Municipio de Camarones, y que busca lograr la nominación de los sitios Chinchorro como sitio de patrimonio mundial, y ha seguido funcionando, todo esto sobre la base del trabajo del profesor Arriaza. Ellos prepararon el expediente Chinchorro, pero nosotros tuvimos que hacer la pirueta de coordinar estos puntos de vista, cómo mantener esa corporación, y ahí me tocó trabajar con una arqueóloga y una antropóloga, una doctora en arqueología, la Camila Castillo, que es muy buena, y también con dos estudiantes nuestros, y me ha tocado estar con ellas en las duras y en las maduras, y estoy muy contenta con su formación, o sea, desde la parte técnica, que uno tiene que ser interlocutor con UNESCO, con Santiago, con Ministerios, y con las autoridades locales y con los pescadores, y con la universidad, entonces he visto que tienen una buena preparación.

AdS: ¿Cómo aprecias el lugar que la antropología tiene dentro de la universidad?, por ejemplo, el prestigio que puede haber logrado

Aquí el prestigio se ganó evidentemente por quienes trabajaron históricamente en el museo, los que nos antecedieron, luego ha habido un fuerte desarrollo en conjunto. Los arqueólogos profesionales, desde Calógero Santoro, con Iván Muñoz y otros más, la Vivi Standen, Arriaza y, después, en antropología: González, Carrasco, Gavilán, entonces, en el fondo, por la productividad, se fueron haciendo muy sólidos. Yo diría que fuimos la primera unidad frente al resto de la universidad que siempre fue muy productiva, mucho Fondecyt, muchas publicaciones, muchos seminarios, muchos viajes, entonces la verdad es que el departamento tomó mucho prestigio.

Lo que sí, siempre hemos sido malos publicistas de nosotros mismos. Y también, no muy buenos para meternos en política universitaria, entonces tenemos que hacer mucho más. Yo empecé muy temprano, alrededor del año 2000 a trabajar en gestión universitaria, he hecho muchas cosas, fui directora de Relaciones Internacionales, fuí Coordinadora de Posgrado, uy, sí he hecho hartas cosas dentro de todo, y lo que me pude dar cuenta es que tenemos que estar ahí, así como tenemos que leer a los autores extranjeros, también tenemos que estar en el medio de esta cosa universitaria, porque si no, no podemos posicionarnos.

O sea, a mí me da mucha lata, y aquí se me va a caer el cassette de todas maneras, en que haya un antropólogo, Ortúzar, que lo publican en La Tercera, que es un señor que, no sé si ustedes lo conocen, pero a mí me parece que es un señor que se inventó solo, que se da muchos aires, todavía está en Inglaterra, no está en la mejor escuela inglesa, y todo el mundo le da pelota y esos son los antropólogos en el mundo público, que vergüenza. Y eso tiene que ver con que nosotros no nos metemos ahí. Bueno, no, la Claudia Pascual también fue Ministra, pero a lo que voy es que tenemos que participar, porque además vemos cosas, insisto, que los otros no necesariamente ven. Aquí ha habido un par de campañas en las que yo me he metido fuerte, uno tiene que ver, por ejemplo, con salud mental. No soy psicóloga, pero cuando asumí como Decana nos metimos fuertemente, y sobre todo en la época de la pandemia, y seguimos trabajando con eso, fundamental, la salud mental universitaria, el tema de la relación con la comunidad, más allá de nuestro museo, que sí se relaciona harto. Yo sé que hay colegas que se relacionan a nivel personal muy intensamente, como Andrea Chamorro, con todo el área de la performance, el cine antropológico, el ritual, los carnavales, etcétera, todo eso que ella hace muy, muy hermoso, pero también la Vivian Gavilán, por ejemplo, trabaja mucho con comunidades, mujeres, pero eso a nivel casi personal. Bueno, en fin, hay tanto por hacer, por eso sigo acá, debería haberme retirado a los cuarteles de invierno, pero uno puede ver cosas, desde su profesión y desde la experiencia de vida, que en la universidad a veces no se ven, porque tendemos a dejarle la dirección a las disciplinas más duras y eso va forjando una mirada que no es suficiente.

AdS: Marietta agradecemos mucho que nos hayas dado este espacio y tiempo.

Uy, qué vergüenza, los debo haber lateado con todas estas historias.

Ads: Para nada, todo lo contrario agradecemos mucho tus palabras e historias. Nos faltó tiempo.

Sí, siempre es insuficiente, porque es un rato que uno está pensando. Repito, yo sé que es algo muy personal, pero por ejemplo el Golpe de Estado yo lo viví afectivamente muy fuertemente. Háganme todo el análisis que ustedes quieran, el análisis político, científico, todo lo que quieran, pero si ustedes me preguntan a mí, como ser humano, me demoré muchos años en entenderlo y en superarlo, y yo creo que eso tuvo mucho que ver con esto de trabajar tan sola mucho tiempo. Pero por suerte tuve una gran psicóloga, que trabajó también con las iglesias y ella me ayudó mucho con eso. Ustedes deben haber leído acerca de la segunda guerra mundial, el Holocausto y todo eso, los testigos, la culpa..., yo durante mucho tiempo cargué con eso, y por qué a mí no, por qué yo me salvé de esto, por qué mi compañero no se salvó, por qué a mi compañera, por qué, y eso es algo que, por supuesto, uno no conversa, y ahora yo lo puedo conversar porque ya pasé los sesenta y cinco con largueza. Pero sí, hay muchas cosas que uno quisiera profundizar, pero creo que les hablé un poco de todo, así es que muchas gracias a ustedes por interesarse y, bueno, un momento de confianza entre colegas, muy agradable, yo me quedo más livianita [risas], más pensativa pero más livianita, se hace lo que se puede dicen por ahí.

Notas

¹ *La Chile o la Católica*, nombre coloquial para referirse a la Universidad de Chile o a la Pontificia Universidad Católica de Chile respectivamente.

² “Una mención especial a mis amigos de entonces y ahora, compañeros de vida: Mónica Weisner Horowitz, iniciadora de la antropología médica en Chile y formadora de muchas y muchos, mi gran fortaleza, y a Jorge Gutiérrez Valdebenito, antropólogo,

profundo conocedor y amigo de mapuche, aymaras y rapa nui” [Marietta Ortega].

³ Central Nacional de Información (CNI), policía política secreta durante la dictadura cívico militar en Chile (1973-1989).

⁴ Programa de Mejoramiento de la Calidad y Equidad de la Educación Superior, dependiente del Ministerio de Educación, Gobierno de Chile.